

# Chopin

“la madre”. — La admiración y cariño femeninos le acompañan en todos los momentos. — Delicadas manos de mujeres artistas le cierran los ojos al morir...



Interesante retrato de la novia primera de Chopin: Constanza Gladkowska o el amor de los dieciocho años...

autor de los «Nocturnos». Cayendo gravemente enfermo con un dolor físico y espiritual que le hace retener en cama durante bastantes días. ¡Sin duda piensa en la misma enamorada que, de temperamento y naturaleza pasiva, acepta la resolución paterna ordenatriz de ser casada con el conde Skarzek!...

Y aun cuando María fué artista también, hemos de pensar en su falta de captación para con las vivencias íntimas y espirituales de Chopin, a la vez que su carácter bondadoso—de bondad inerte—y ayuno de apasionamiento contribuyó no poco a sembrar de nuevo la desdicha en el corazón del compositor. Tal fué el concepto expresado por él mismo cuando después de su muerte halláronse las epístolas amorosas de María—de aquella condesita, inspiradora del «Nocturno en do menor» y del «Vals en la bemol mayor (núm. 1, op. 69), llamado por ella el «Vals del adiós»!...—, recogidas cuidadosamente, atadas con una cinta de seda rosa y con una inscripción que decía: «Mi desgracia.»

## “JORGE SAND” O “LA MADRE”

París-Nohant, 1836. En el mundo literario del romanticismo francés una preclara y femenina inteligencia gozaba de renombre y popularidad bien manifiestos. Se trata de «Jorge Sand». Mujer superior y compleja, de espíritu inquieto, es—según uno de sus biógrafos, René Dumic—el predominio de la sensibilidad, fiebre imaginativa, exaltación sentimental, ensueños solitarios, melancolía, uniendo a todo ello un temperamento fuertemente apasionado, un romanticismo espontáneo y salvaje. Y como complemento unos grandes ojos negros—ojos indios, para el fogoso e ideal verbo de Musset—; unos espléndidos cabellos, separados en dos grandes trenzas; una tez pálida y morena; unos labios sensuales y amorosos...

De cómo se conocieron hay dos versiones: una, la más divulgada y quizá más histórica; otra, más poética y más agradable, referida por el conde Wodzinski: dando Chopin un recital de piano en los salones de la condesa Marliani, y estando improvisando sobre un tema polaco—«El adiós del lancero»—, levantó la cabeza al dar el último acorde para tropezar sus ojos con una figura femenina que en actitud contemplativa y extática le miraba como queriendo traspasarle con aquellas sus líneas sombrías y sus ojos indios... La citada aparición femenil tuvo para Chopin el encanto irresistible de un parecido, de una nueva visión de su último y desgraciado amor: María Wodzinska. Habiendo quien ha dicho que este parecido físico entre la última citada y Jorge Sand, fué un poderoso imán que le atrajo a los brazos de la escritora.

Relaciones amorosas que todavía están sin dilucidar en su verdadera amplitud, aun cuando podemos catalogarlas cual «un caso de maternidad erótica» o, como la misma interesada se explicó, «una especie de adoración maternal muy viva». Siendo Chopin, efectivamente, para su amada Jorge Sand «un niño enfermo y solitario»; «su niño, su pequeño», como le llama con frecuencia en alguna que otra de sus cartas.

Y no es la diferencia de edad—treinta y dos ella y veintiséis él cuando se conocen—el dato que marca las relaciones; no. Más bien hemos de creer que la superioridad intelectual y anímica de Jorge Sand fué

el regazo amoroso y tibio donde Chopin se recostó, para nunca más salir de él, a pesar de la ruptura del amor habida poco antes de morir aquél.

La escritora, profunda conocedora de la psicología humana, así como escrutadora incansable de los más recónditos recovecos del alma, adivinó muy de súbito el hombre dulce e infantil, enfermo y apete de amor que hacia ella se dirigía. Viviendo para él, sin reservas de ninguna especie.

De todos los amores de Chopin, el de Jorge Sand fué el más tenaz—«a pesar de los pesares»—y el más incrustado en lo hondo de su alma. Acordémonos de que, una vez efectuada la separación entre ambos, él llevó el dolor lancinante del rompimiento cual si la vida se le fuera yendo paso a paso. ¡Y así aconteció, tristemente!

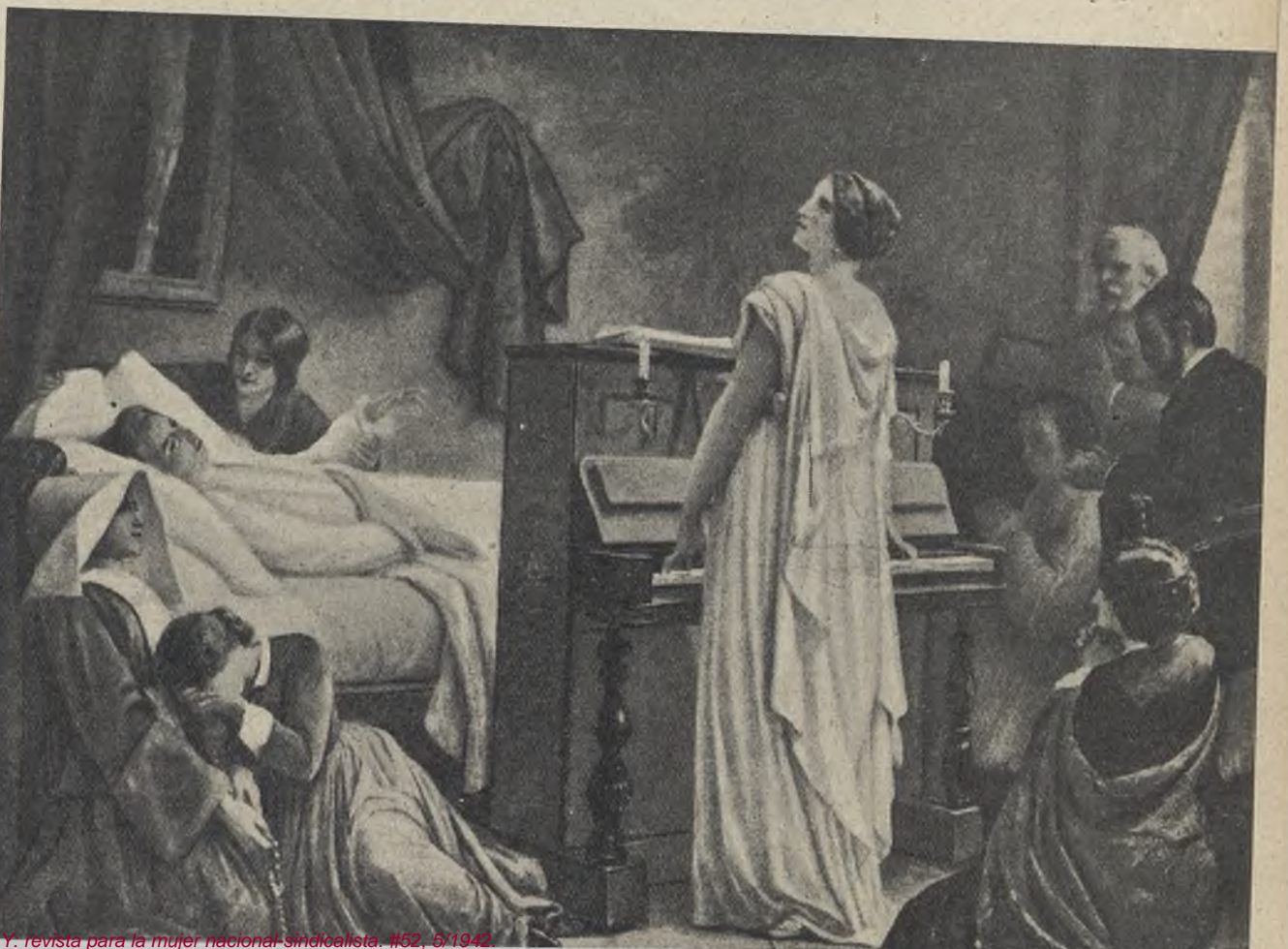
Jorge Sand, a cuantos defectos le oponen quienes la miran con antipatía, poseyó en su vida amorosa con Chopin las virtudes de ser una fiel amiga, la primera y devota admiradora de sus obras, el brazo derecho donde apoyar el cuerpo cansino, la enfermera que cuida de su paciente, la madre que ama a «su niño» y, sobre todo, la mujer superior dotada de un alma artista y de un corazón sensible a la belleza y al amor... «Jorge Sand le favoreció también»—escribe Liszt—. «Atribuirle un papel nefasto sería juzgarla con severidad.»

Cuando la noticia de su cercana muerte se extiende, sus amigas más predilectas acuden rápidas a su casa a fin de sellarle el último aliento con el amoroso perfume de su veneración profunda y delicada. Chopin, horas antes de morir, ruega a la condesa Potocka que cante algo. Los allí presentes creen que delira. El compositor torna a repetir. «¿Quién hubiera podido negarse?—escribe Liszt—. El piano del salón fué corrido hasta la puerta del cuarto y la Condesa cantó (el aire de «Beatrice di Tenda», de Bellini) con verdaderos sollozos en la voz. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y en ninguna ocasión aquel hermoso talento y aquella voz admirable alcanzaron expresión tan patética.» Chopin, en insistencias de agonía, pedía más. ¡Y un salmo de Marcello fué la celeste melodía que bañó sus oídos por vez última, mientras las alas de su alma preparábase para el eterno viaje que iban a emprender dentro de pocas horas!...

«De todos los artistas actuales—dijo Julio Janin, tan pronto acaeció el nefasto acontecimiento—, Chopin es el que mejor se ha apoderado del alma, del espíritu de las mujeres. Sus discípulas—y las ha dejado dignas de él—le querían con ternura casi maternal. Tan casto y puro lenguaje hablábales su música, que le profesaban un entusiasmo rayano en veneración. Desgraciadamente, le han perdido y le lloran. Ellas le han visto extinguirse y le han cerrado los ojos...»

¡Siendo el cántico de una mujer quien le dió paso al otro mundo, cual una melodía alada y exquisita!...

LUIS ARAQUE



Cuadro del pintor Barrío, inspirado en los últimos momentos de Federico Chopin, cuando la voz de la condesa Dellina Potocka le daba el tránsito al otro mundo, cual una melodía alada y exquisita...